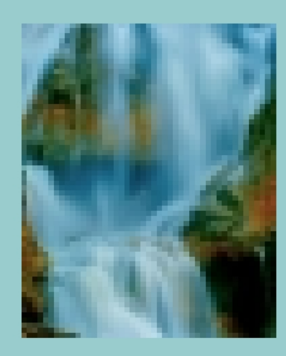


Y al asomar a la lomilla vimos la cañada por donde vienen remansados los charcos en busca de la cascada. Nos paramos frente a ellos y, durante largo rato, los miramos sin prisa y en silencio. Para gustarlos más intensamente y en calma. Y tú lo viste como yo: la niña se emocionó tanto que, como un rayo, se bajó de ti, salió corriendo sendilla abajo y, con sus brazos abiertos, parecía que se iba a comer todos aquellos espejos claros. Te dije emocionado:

- Este es el cielo, Sinombre. Este es el alimento de nuestros corazones y, creo en lo que nos ha dicho el ancianito, que en ninguna otra parte del mundo, existe un paisaje tan sereno y bello.

SINOMBRE Y YO
-VI

EL VALLE DE LOS ABETOS DE CRISTAL

José Gómez Muñoz